

EL CAUTERIO SOCIAL

CAUTERIO: Instrumento que usan los cirujanos para aplicarlo candente a las heridas o llagas del cuerpo.

Periódico quincenal, órgano de todos los que puedan decir y probar verdades. Cauterizará las llagas sociales sin distinción

Año 3.º

SUSCRIPCIÓN:
Trimestre 075
Semestre 150
Año 300

Manzanares 9 de Julio de 1932

NUMERO SUBLITO 10 CENTIMOS

Núm. 25

CORRESPONDENCIA: ARMONIA. 5.

Aparece los sábados correspondientes

De los artículos firmados son responsables sus autores

Arrimando el ascua, mal

Cuentan, que, en cierta posada, varios arrieros se dispusieron a asar sendas sardinas, en ocasión que en el hogar sólo quedaba un ascua; y no dando de sí para colocarlas todas encima pusieron las sardinas alrededor de ella; y disimulada y claramente, iban arrimando el ascua cada cual a la suya, por lo que en las idas y venidas se consumió la brasa y las sardinas quedaron sin asar.

«Al igual» que aquellos torpes arrieros con el ascua, están los gremios o clases sociales haciendo con la «lumbre» Economía Nacional, o «brasa» dinero: todos lo quieren para sí procurando arrimarlo a su «sardina» sin pensar que las «sardinas» de los otros puedan quedar sin «calor».

La Economía Nacional Española, «ascua» que tenemos para asar las «sardinas» de todos, debe estar hoy al alcance comprensivo, total, del ministro de Hacienda, para poder reglamentar justamente su empleo y distribución, calculando e impidiendo el desnivel del consumo y el desbordamiento de los gastos. Por otra parte, el sentido común que debe estar integrado por los, ético, analítico y práctico, debe presidir los pensamientos, los deseos y las decisiones personales y colectivas, para comprender cuando peligra el equilibrio de la justicia humano social al conseguir cualquier pretensión, que pueda medio encajarse en el trastornado y despreciable régimen capitalista que se derrumba, y que desaparecerá con tanta más rapidez como mal empleo hagan de él los que lo manejan.

Como el malestar es general y todos queremos librarnos de él sin mirar si al quitárnoslo aumentamos el del vecino, pedimos y exigimos cosas, que si de momento nos benefician, suelen perjudicarnos después, o perjudican a otros, porque trastornan el «Asua Económica».

Todas las clases o gremios, rivalizan en pedir mejoras, en exigir subida de sueldos, etcétera; pero como esa elevación de sueldos y esa consecución de mejoras ha de salir forzosamente del conjunto, es preciso, que, siendo insuficiente o no creando una nueva fuente de ingresos, haya de aumentarse el malestar de los otros sectores que no las consigán.

Veamos si nos explicamos: Los empleados ferroviarios hace mucho tiempo que están forzando a compañías y gobiernos a que les concedan mejoras en forma de aumento de sueldo y otras; y el señor Prieto, ministro de Obras Públicas y socialista de nombre, no ha encontrado otro modo de complacerlos que elevando las tarifas de transporte de mercancías y de via-

jeros, que agravará la situación general, porque el público verá multiplicado el recargo mercantil en esta o parecida forma: Allá por el año 1920, proyectó el a la sazón ministro de Hacienda recargar el impuesto del alcohol, con diez pesetas el hectólitro. Yo que consumo bastante en fricciones y quemado, (otros desgraciadamente lo consumen bebiéndolo) fui por un litro al sitio acostumbrado; y cual no sería mi asombro al ver que querían cobrarme veinticinco céntimos más, «debido a un impuesto que el Gobierno le había echado». Precisamente llevaba yo en el bolsillo el periódico del día anterior en el que había leído el intento, sólo el intento, de tal impuesto, correspondiente a diez céntimos por litro, y mostrándoselo al alcoholero, le afé a su proceder dejándolo corrido al demostrarle, que, si sólo con el intento de gravar el Gobierno el litro de alcohol con diez céntimos, ya cobraba él veinticinco a los clientes, qué sería cuando fuese realidad tal impuesto.

Así es, que con pretexto de que los portes han subido, ya veremos lo que aumenta el precio de las mercancías.

No obstante, comprendemos, que es inhumano e irritante que mientras hay consejeros y directores que cobran de las compañías ferroviarias cien, doscientas o trescientas mil pesetas anuales, haya pobres mujeres guardabarreras que perciben por siete horas de trabajo responsable y peligroso, una peseta y cuatro o seis céntimos.

—Los obreros campesinos, los más necesarios, han conseguido este año con probada razón, un considerable aumento (relativo) en sus haberes veraniegos; pero pudiera darse el caso, de que ese aumento trajese aparejado el ídem del precio del trigo, de la harina y del pan. Es lógico, que a mayor costo de producir, más precio al vender lo producido; por eso ya hemos leído, que «El ministerio de Agricultura pondrá todos los medios para que el trigo nacional alcance una coltización reproductiva». De modo, que si es así, se elevará el precio del pan y hará más apurada la vida del obrero; y si no remunerada bastante, a juicio del labrador, éste sembrará lo menos posible, y dará el menor trabajo posible también y el trabajador pasará más necesidades cada vez.

—Los obreros albañiles consigieron elevar sus jornales al parecer considerablemente, pero impremeditadamente; y lo que de momento creyeron una mejora, se tradujo en una pérdida después; pues si bien cobraban más jornal, trabajaban menos días, por la crisis de trabajo de albañilería que

produjo el miedo a promover obras, dada la carestía de los jornales y de los materiales de construcción, unido a la inseguridad de cobrar alquileres remuneradores en vista de la presión que las sociedades de inquilinos realizan sobre los gobiernos.

Cada cual arrimando el ascua a su sarnina.

Los gobernantes asignándose crecidas pagas; los funcionarios públicos, pidiénd, exigiendo y obteniendo elevación de sueldos; se aumenta el personal de los cuerpos armados y se crean otros nuevos bien retribuidos, que supone aumento de cargas al presupuesto, debilitación de la economía nacional y disminución de la producción por los brazos retirados al trabajo. A menor producción y más impuestos sobre ella, más carestía de lo producido; más desbarajuste, y necesidad de más dinero para comprar los productos. Continúa el malestar y descontento, y las causas para seguir pidiendo mejoras, para seguir creando impuestos, para concederlos y para seguir elevando el precio de las substancias, haciendo de la cuestión económico-social un desvenecado atañer en perpetua y desigual rotación, impulsado por el egoísmo desordenado de todas las clases sociales. Unos por defender sus irritantes privilegios inhumanamente, y otros por no saber emplear los medios adecuados para que las mejoras obtenidas sean inalterables y no recaiga principio alguno sobre los demás.

El sistema de, «más jornal y menos jornada», es un círculo vicioso en el que se pierde lastimosamente el tiempo y se malgastan sin fruto las energías generales del obrero. Sólo para algunos «vira les» desatentivos, «dormideros», es de una eficacia asombrosa. ¿Cuándo se dará cuenta el trabajador de que por ese camino no llegará nunca a emanciparse?

ANTONIO PINES NÚÑEZ.

¡Pobre juventud!

Sin hacer muchos aspavientos por saber por experiencia que siempre ha habido en ella «de todo» ya que en esa edad la sangre ardiente y reloxona convicia poco a la reflexión y que, además, sobre los temperamentos sólo puede ejercerse relativo dominio cuando se ha adquirido una sólida cultura racionalista, pero nunca total, porque el billos tiene que obrar forzosamente según la dosis que posea de ese humor viscoso, verde, amarillento, amargo, que segregga el hígado y que induce fácil e irremediablemente al enojo y a la irritabilidad; que

el linfático tendrá la propensión que le imponga la cantidad de humor acuoso amarillento llamado linfa que contenga su cuerpo; que el nervioso será siempre delicado y excitable y obrará empujado por el predominio que «jerza» sobre él su sistema cerebro espinal; que el sanguíneo se desentrolará en la vida, según el imperio que sobre él tenga el sistema vascular, y que las personas de temperamento mixto, obrarán forzosamente según exijan sus condiciones fisiológicas, claro es que modificado y dulcificado a medida de la ilustración racional que se posea, vamos a tratar de inducir a los jóvenes a perfeccionarse huyendo de lo grosero, de lo despreciable y de lo perjudicial, poniendo ante ellos, con sentimiento y sana intención, unos actos feros y denigrantes que hace unos días tuvimos el disgusto de presenciar, en el trayecto que media desde la Redacción al Ayuntamiento, cuando íbamos a tomar nota de una sesión.

Al salir, notamos un rebullicio de mujeres y niños, que decían muy enfadados: «¡Anda con los mocitos sinvergüenzas y cochinos, qué lenguaje llevan! ¡Vaya una educación que demuestran!» Nos acercamos al grupo y nos enteramos que cuatro jóvenes con chaqueta y corbata, de alrededor de los veinte años, acababan de pasar medio borrachos, barbarizando y profiriendo palabras indecentes y groseras; y que uno de ellos había arrojado una piedra sobre una ventana de la escuela que hay allí, haciendo añicos un cristal o dos. ¡Vaya una heroicidad!

Seguimos hacia el Ayuntamiento y en la calle Ancha (que debería llamarse de José Nicker) vimos y oímos cómo otros dos jóvenes, también de chaqueta y corbata, se peían groseramente ante el público, riéndose su «gracia». Las personas que lo presenciaron los miraban asqueadas y decían, no tan fuerte como debían: «¡Vaya unos mocitos cochinos e indecentes!»

Ya cerca de la plaza, oímos cómo un mozállon decía campudamente a otro: «¡Pero qué me cago en Dios, vas a resistir tú lo que yo; me he «bebido» dieciocho vasos y todavía puedo con más!» (Estos dos vestían blusa).

Ya cerca del Ayuntamiento y al pasar junto a un grupito de casi imberbes, oímos: «¡Yo he pagado en La Tropical, pero ahora tienes que pagar tú en el camino de Membrilla!»

Apesadumbrados por la serie denigrante de cosas vistas y oídas en unos diez minutos, a los hombre del mañana, no pudimos por menos de exclamar: ¡Pobre humanidad! ¡Desgraciada juventud!

Las personas mayores no se atreven a corregir esos defectos por miedo a una insolencia; y los agentes de la autoridad, además de no poder encontrarse a la vez en todas partes, no son estimulados, ayudados y auxiliados por el público en la medida necesaria; y ¡así va todo!

Menos mal, que frente a esos equivocados y desgraciados mozállones, hay una porción de muchachos formales, estudiosos y decentes que, apartándose de los vicios y aprovechando el tiempo, van capacitándose para librarse de la mentira social y preparándose para imponer la verdad definitiva. V se honran ellos, honrando a la vez a sus padres y a la especie humana.

UN REDACTOR.

Pro enseñanza laica

Ese bárbaro pertenecerá a la pandilla de los que han retirado los crucifijos de las escuelas y hospitales. (Párrafo de una carta anónima publicada en estas columnas el 3 de abril.)

Desde que Pestalozzi demostró prácticamente la enorme ventaja de la educación intuitiva sobre la rutinaria y memorista que Rousseau, antes, condenó teóricamente en su EMILIO, la enseñanza religiosa en las escuelas estaba llamada a desaparecer, tan pronto se cortara el nudo gordiano que unía el poder con el clero, por perjudicial para los niños y en beneficio de ella. Y digo en beneficio de ella porque si hay algo absurdo, es su enseñanza de rutina, cual si la religión no se sintiese en el corazón y no en los labios como fórmula vana rutinariamente aprendida.

Pero para los fanáticos o explotadores católicos, apostólicos, romanos, no es así; y que se prohíba la enseñanza religiosa y se retiren los crucifijos de las escuelas es una herejía sin perdón. He dicho fanáticos o explotadores, porque de no serlo comprenderían que en tales órdenes no hay herejía y si cumplimiento de aquello que el primer mandamiento del Decálogo de Moisés manda (y que Jesús no vino a destruir la ley de Dios, sino a darle cumplimiento